

La biblioteca pública en la sociedad de la información: Índice del desarrollo humano.

José Antonio Magán Wals.

Todos sabemos que el alma del aprendizaje y la investigación reside en las bibliotecas y que el tesoro mayor de nuestras sociedades en ellas se ubica. Estas no son sólo las depositarias de los resultados de la investigación, la reflexión y las garantías de salvaguardar el conocimiento, sino que, además, lo cual es más importante, han sido las encargadas de que los pensamientos más elevados, base del desarrollo de los valores humanos más nobles, hayan pasado de generación en generación. Es, pues, en las bibliotecas donde el espíritu de la libertad de opinión y expresión, base del acceso público a la información, se ha mantenido en unas épocas y circunstancias muy dispares.

Gracias a ellas, generaciones de estudiosos han podido tener el contacto con la ciencia de sus mayores y de sus contemporáneos, han contado con el consejo del especialista a la hora de localizar los textos y datos necesarios para su formación, deleite e investigación y donde libros en su momento prohibidos han sido salvaguardados para la consulta del ciudadano. Cuando las sociedades cuidan su biblioteca, están cuidando la memoria de quienes nos precedieron y garantizando el progreso de nuestros sucesores.

Sin embargo, como todos sabemos, la importancia de las bibliotecas no reside en su capacidad para suministrar información, ocio y conocimiento. Su grandeza radica en la labor que los bibliotecarios realizan, día a día, para lograr que este conocimiento sea motor del cambio de nuestras sociedades, a fin de que estas sean más justas, más solidarias y más comprometidas.

En un mundo marcado por las leyes y los intereses del mercado, donde el uso malintencionado de la información se convierte en el mejor instrumento al servicio de los grupos de presión, y en armas de guerra en el sentido literal del término, aquellos a quienes la vida nos ha deparado la suerte de poder trabajar en las bibliotecas al servicio del público tenemos la obligación ética de forjar las acciones necesarias para que este conocimiento sea la base de los descubrimientos, avances y mejoras que permitan resolver los grandes males que aquejan a la sociedad. De nada sirve la información si esta se rinde a intereses malintencionados y, sin embargo, mucho es su beneficio si gracias a ella descubrimos avances que permitan paliar los grandes problemas que acechan a la humanidad: el hambre, las enfermedades y las injusticias y, para este fin, las bibliotecas cuentan con mayores medios que nunca.

Y, es en este papel, donde las bibliotecas tienen mucho que aportar. De hecho, una gran parte de los apoyos que las bibliotecas están recibiendo en los últimos años son fruto de la capacidad de visión y anticipación que los documentalistas han tenido y que se plasman en las actividades que desarrollan las nuevas bibliotecas, que van mucho más allá de la lectura e, incluso, mucho más allá de los muros de nuestras instituciones. Hoy,

en la época en que la información circula por la red y donde los documentos multimedia son cada vez más utilizados, es también el momento en que se editan más documentos tradicionales que nunca, en el que la lectura y la alfabetización han alcanzado sus cotas más altas y donde se construyen más y mayores bibliotecas, que ofrecen en horarios más extensos servicios nuevos que, en muchos casos, trascienden el espacio físico de la biblioteca llegando al domicilio de los ciudadanos.

¿Por qué son tan necesarias las bibliotecas?

Es obvio que una razón de peso para justificar la existencia de las bibliotecas públicas sería el hecho de que garantizan el acceso indiscriminado y gratuito a la información. El placer de leer aquellas obras que uno no puede comprar, de oír las melodías que no puede encontrar o ver las películas que ya no se distribuyen en el circuito comercial es algo que las bibliotecas vienen proporcionando desde hace mucho tiempo. Si a ello añadimos el que, en los países en donde las carencias económicas o de libertades que dificultan el contacto con la información, los bibliotecarios son los garantes que aseguran no sólo el derecho de acceso a la información, sino la privacidad respecto a su uso, vemos que existen razones de sobra para su subsistencia.

Sin embargo, a mi parecer, las bibliotecas han subsistido por una razón de mayor peso, como es el hecho de que sean el sitio en donde se garantiza un hecho mágico: el contacto con quienes nos precedieron. Creo, sinceramente, que si las bibliotecas han obtenido financiación desde épocas tan tempranas es por haber permitido que los pensamientos, hechos y anhelos de nuestros antepasados hayan llegado hasta nosotros.

Quién duda de la magia que se esconde tras las acciones que permiten que conocimientos, poemas o partituras nunca oídas desde hace siglos puedan ser de nuevo rescatadas. O del respeto innato que nos imponen los pensamientos que, depositados en los estantes, aguardan pacientemente a que alguien los rescate del olvido. Saber de la existencia de autores que anhelan revivir en nuestras manos sus deseos de perennidad y alcanzar, gracias a nuestra complicidad, el sortilegio de hacer renacer su pasión por el ser amado o susurrar en nuestros oídos, de nuevo, sus razonamientos, es, sin duda, el gran embrujo que las bibliotecas crean.

Este viaje intemporal, este renacer de la memoria, es el único reflejo de inmortalidad que realmente existe. Esta es la magia que las bibliotecas salvaguardan en su seno. A lo largo de miles de años, los bibliotecarios han realizado la callada labor que ha permitido que los pensamientos de personas que fallecieron hace cientos de años tornen a tener la oportunidad, que todos anhelamos, de volver desde más allá de la muerte para hablar y compartir con los vivos sus inquietudes, ilusiones y tormentos.

Es aquí, pues, donde radica el mayor atractivo de nuestra profesión: en permitir que los corazones entablen una complicidad que va más allá del tiempo, las posibilidades económicas, el espacio o las situaciones políticas. Las bibliotecas públicas garantizan no sólo que la memoria de la humanidad sea patrimonio efectivo de la misma, sino que las almas se comuniquen sin impedimentos a pesar de las barreras espaciales o temporales.

No debemos olvidar que garantizar que cualquier mensaje pueda llegar a quien lo necesite, independientemente de las fronteras, los sistemas políticos y el bolsillo del lector es un logro de una importancia capital para quienes disfrutamos de ello pues esto no sólo siempre ha sido así, sino que, en estos momentos, sigue sin serlo para una parte importantísima de la humanidad.

Hoy, son muchos quienes carecen de los medios y la educación para acceder, no sólo al conocimiento, sino a los medios mínimos que garanticen una existencia digna. La tragedia que padecen estos miles de millones de personas, debido al hambre y la falta de ayuda de quienes se la podemos prestar, es, no cabe duda, el gran desastre que azota a la humanidad. Pero a las injusticias, el hambre y la enfermedad que estos millones de personas sufren, y que constituye la gran tragedia del subdesarrollo, hemos de añadir, tal y como reflexiona José Luis Sampedro, un drama mayor. Y es el de no contar con los medios que podrían permitir desarrollar las cualidades que cada persona, cada vida, alberga dentro de sí. Padecer el subdesarrollo es, también, no ser lo que uno podría haber sido. No llegar a aquello que uno, en potencia, podría haber alcanzado.

A fin de paliar este drama, la biblioteca pública tiene un papel esencial en aquellos países en donde tenemos la suerte de contar con sistemas bibliotecarios consolidados. No nos olvidemos que la gran labor de la biblioteca pública no es garantizar el acceso a la información, pues esta puede ser la base que permita construir mayores injusticias, sino ser la herramienta que posibilite la extensión de los valores humanos más nobles, así como servir para la extensión de los derechos humanos, la democracia y un desarrollo económico y social más justo. Es en este marco donde el derecho de acceso a la información adquiere una dimensión trascendental que justifica la necesidad de que la biblioteca pública exista como arma al servicio del desarrollo humano y garante de la igualdad de oportunidades: ser un instrumento esencial que permita crear nuevos peldaños en la escalera que guíe a la humanidad hacia la meta de un mundo más humano y más justo.

¿Por qué son tan necesarias las bibliotecas públicas en la sociedad de la información?

Parece casi una contradicción pero al inicio de lo que denominamos sociedad de la información se cuestionó la necesidad misma de la biblioteca. Hoy, superado este debate, nos encontramos en el momento en el que más bibliotecas se están construyendo, se cuenta con el mayor número de bibliotecarios, libros publicados anualmente o soportes documentales que coexisten cómodamente. Todo parece indicar que las bibliotecas no sólo tienen sentido, sino que son imprescindibles. Y la razón es, quizá, porque los motivos que justificaron su aparición (la extensión de los valores humanos y democráticos, el desarrollo personal, la preservación de la memoria de la humanidad y asegurar el derecho de acceso a la información) son más necesarios que nunca.

Sin embargo, aunque vivimos una en de las épocas de mayor garantía de las libertades, donde gracias a Internet y otros medios de comunicación se permite un acceso a la información nunca imaginado, es también verdad el hecho de que nunca como hoy han existido posibilidades tecnológicas que permiten ejercer un control tan abusivo de la información y la comunicación. Los grupos de presión presionan más que nunca para ejercer su influencia y están utilizando, de forma claramente eficaz, las tecnologías de la

información en su beneficio. Además, los estados están empezando a aplicar las tecnologías de vigilancia, control, distorsión y filtrado de la información de un modo abusivo en aras de mantener la seguridad nacional y proteger a los menores. Legislaciones como la Ley Patriótica de Estados Unidos son un claro referente respecto a lo que puede llegar y a la influencia que los grupos más reaccionarios pueden ejercer frenando así el desarrollo de la libertad y otros derechos humanos.

La realidad es que hoy quienes quieren imponer sus beneficios de grupo sobre los sociales cuentan con herramientas mucho más desarrolladas que nunca. Realizar un control de nuestros pasos, gustos y lecturas no sólo es viable tecnológicamente, sino algo que se realiza sin pudor. La información confidencial se está almacenando, procesando y analizando y, de hecho, sirve de base para la toma de decisiones de quienes detentan o quieren detentar el poder.

Por ello la sociedad necesita más que nunca a sus bibliotecas públicas. En un mundo en el que los lobos se unen, colaboran y amplían sus redes de acción es indispensable que los estados, los ciudadanos y quienes representamos sus intereses, colaboremos y ampliemos las fronteras de nuestras acciones en defensa de los valores y derechos de los ciudadanos a quienes representamos. El grado de complejidad social al que están llegando las sociedades más avanzadas obliga a que la biblioteca pública amplíe su radio de acción. Y, actualmente, el servicio que ha de prestar no se entiende sin la estrecha cooperación entre las bibliotecas públicas y las nacionales, escolares y universitarias. Los objetivos son idénticos, todas se mantienen gracias a la financiación pública y, juntas, constituyen la base de un poderoso sistema público de información al beneficio de los ciudadanos. Es obvio que no podemos permitirnos el lujo de duplicar nuestros fondos, instalaciones y proyectos en un contexto donde actividades como el fomento de la lectura, la formación en las capacidades para utilizar la información o el acceso a los materiales que permiten la investigación y la formación continuada no se entienden sin la colaboración entre las biblioteca públicas, escolares, universitarias y nacionales.

Compartiendo proyectos, los peligros de la censura y la tergiversación informativa, las incertidumbres respecto a cómo garantizar el aprendizaje a lo largo de toda la vida, o hacer valer los valores humanos en una sociedad que se olvida de ellos, son asuntos abordables. De hecho, los modelos más exitosos de bibliotecas académicas y nacionales no olvidan el papel esencial que tienen como bibliotecas al servicio del público en general en una sociedad donde la formación permanente es la base del desarrollo personal y social.

El poder de las bibliotecas (y los bibliotecarios)

Muchas veces se nos olvida el poder de las bibliotecas y los bibliotecarios en la sociedad actual, quizá porque no lo solemos ejercer. Para aquellos a quienes les gustan las cifras deberían saber que las bibliotecas financiadas públicamente tienen más puntos de servicio que algunas de las principales multinacionales o que los presupuestos de las bibliotecas públicas las convierten en un grupo de presión mucho mayor que el de otros sectores que defienden políticas que perjudican nuestros intereses y los de nuestros lectores.

De hecho, el papel como grupo de presión de las bibliotecas, los bibliotecarios y sus asociaciones es algo que tenemos que hacer valer con fuerza en un mundo en el que la aplicación indebida de legislaciones que intentan garantizar los derechos de los autores, los menores o la seguridad nacional se conviertan, en la práctica, en políticas que imposibiliten a las bibliotecas ejercer su función. La sociedad de la información no puede construirse sobre la base de que el derecho privado sea prioritario sobre el beneficio público y para ello es imprescindible que los investigadores y ciudadanos puedan acceder y utilizar la información con fines docentes o culturales no lucrativos.

La sociedad de la información no puede constituirse sobre el negocio de la información. Ya alertaba Ortega respecto al hecho de que nunca ha existido mayor desasosiego y vacío personal que en el mundo tecnológico actual. La sociedad de la información necesita más que nunca de un sistema público de información que garantice el desarrollo de las personas y las sociedades pues la técnica y el desarrollo económico en sí no llenan el corazón del hombre.

Por ello, la tesis que defendían los hermanos Julia y Juan Antonio Méndez Aparicio en “La Biblioteca Pública: ¿Índice del subdesarrollo español?”, una obra esencial para entender la biblioteconomía española de los últimos años y el compromiso ético implícito a la profesión bibliotecaria cobra más vigencia que nunca. Las sociedades reflejan claramente en sus bibliotecas públicas lo mejor de sí y es responsabilidad de los bibliotecarios devolver con creces los esfuerzos que los ciudadanos realizan manteniendo sus bibliotecas al servicio del desarrollo individual y colectivo. En este contexto, los bibliotecarios tenemos mucho que decir. De hecho, hemos constatado que cuando queremos hacer oír nuestra voz, ésta suena fuerte y clara. Y, quizá, llega al corazón de las personas porque les trasladamos aquello que, aún estando dentro de ellos no han llegado a descubrir pero que perciben de forma innata: la necesidad de salvar la memoria e ilusiones de sus mayores.